



El Laberinto: Un viaje por la antigüedad

**Un compendio de problemas y dilemas a
través de las ideas de los Sofistas, Sócrates,
Platón y Aristóteles.**

Sebastián Walch Abete

ÍNDICE

PRÓLOGO / INTRODUCCIÓN

LOS SOFISTAS

- ¿Maestros del engaño o pioneros del pensamiento libre?
- La Retórica y la Relatividad
- ¿Quiénes eran y qué hacían?
- Crítica de las instituciones
- El legado en la historia de la filosofía

SÓCRATES

- El filósofo que no sabía nada... Pero murió convencido
- El filósofo de la ignorancia y la virtud
- La filosofía práctica
- El método dialéctico: ironía y mayéutica
- Reflexiones sobre la Muerte

PLATÓN

- Platón: a secas
- La teoría de las Ideas: estructura del mundo
- El camino hacia el conocimiento
- Mito de la Caverna: ¿una alegoría del conocimiento solamente?
- Ética y Política: el modelo platónico del Estado ideal

- Por ahora: LA FILOSOFÍA

ARISTÓTELES

- ¿A medio camino? El arte del "término medio"
- La Virtud Ética según Aristóteles
- Definición de Virtud en Aristóteles
- La Prudencia y el Término Medio
- Actos Voluntarios e Involuntarios
- Consecuencias Éticas de la distinción
- El Animal Político: ¿Evolución o seguimos jugando a la democracia?
- La naturaleza social del ser humano
- La Primacía de la Comunidad
- La ciudad como fin natural
- El rol de la política
- Vida buena y condiciones políticas
- Ética y Política

Algunas frases para seguir pensando

EPÍLOGO

BIBLIOGRAFÍA

Sobre el autor

PRÓLOGO / INTRODUCCIÓN

La creación de este libro fue como viajar a través del tiempo, un recorrido por las mentes de la antigüedad que cimentaron los pilares de nuestra filosofía Occidental y contemporánea. En estas páginas, nos adentramos en el intrigante mundo de los sofistas, Sócrates, Platón y Aristóteles, figuras que no solo definieron su época, sino que también nos regalaron una conversación intelectual que sigue resonando en nuestros días. Este esfuerzo ha requerido una revisión de sus pensamientos y enseñanzas, buscando entrelazarlos en un diálogo abierto que invite al lector a participar en la aventura del pensamiento.

La filosofía, como bien sabemos, no es un mero ejercicio académico; es una forma de vida, un compromiso con la búsqueda incesante de la verdad. En este sentido, los sofistas se presentan como los primeros cuestionadores del conocimiento absoluto. A menudo malinterpretados y despojados de su verdadero significado, estos pensadores fueron maestros en el arte de la retórica y la persuasión. Nos invitan a considerar si la verdad es una construcción social o una realidad objetiva. Su afirmación más célebre, dicha por Protágoras "El hombre es la medida de todas las cosas", guarda una visión relativista y desafía nuestras nociones preconcebidas sobre lo que consideramos verdadero o falso. Así, nos enfrentamos a la pregunta fundamental: ¿es la verdad

universal o depende del contexto y la perspectiva individual?

Sócrates, por otro lado, aparece como el símbolo del filósofo comprometido con la ética y el “conócete a tí mismo”. A través de su método dialéctico, nos enseña que el verdadero conocimiento comienza con el reconocimiento de nuestra propia ignorancia. Su vida y muerte son un testimonio del valor de sostener nuestras creencias frente a la adversidad. Sócrates nos invita a reflexionar sobre nuestras acciones y decisiones, planteando interrogantes sobre lo que significa vivir una vida virtuosa. Su legado perdura no solo en sus enseñanzas, sino también en su forma de vida: un

constante cuestionamiento que nos lleva a profundizar en nuestra propia existencia.

Platón, discípulo de Sócrates, toma el testigo y desarrolla una teoría filosófica monumental que abarca desde la ética hasta la política y la epistemología. Su alegoría de la caverna nos confronta con la idea de que muchos vivimos en un estado de ignorancia, atrapados en sombras y apariencias. La búsqueda del conocimiento se convierte en un viaje hacia el mundo de las Ideas, donde reside la verdadera esencia de las cosas. Platón nos desafía a trascender nuestra percepción sensorial y a aspirar a una comprensión más profunda del bien y la justicia. En su obra, se convierte en un maestro del diálogo, utilizando el arte

retórico para guiar al lector hacia nuevas formas de pensar.

Finalmente, Aristóteles completa este círculo filosófico al ofrecer un enfoque más sistemático y empírico del conocimiento. Su insistencia en observar el mundo natural y clasificarlo establece las bases para el desarrollo científico posterior. Aristóteles no solo se ocupa de cuestiones éticas y políticas; también investiga la lógica y la metafísica, creando un marco integral para entender nuestra realidad. Su concepto de virtud como un equilibrio entre extremos resuena profundamente en nuestra búsqueda contemporánea por una vida equilibrada y plena.

Este libro no pretende ser una simple recopilación de teorías o histórica; busca establecer un diálogo entre estas figuras emblemáticas y sus ideas atemporales. Cada capítulo se presenta como una conversación abierta donde los pensamientos de los sofistas chocan con los ideales socráticos, mientras Platón y Aristóteles ofrecen sus perspectivas únicas sobre temas universales como la justicia, el conocimiento y la moralidad.

Invito al lector a sumergirse en esta travesía intelectual con una mente abierta y curiosa. La filosofía es una herramienta poderosa que nos permite cuestionar nuestras creencias más arraigadas y explorar nuevas posibilidades. A medida que avancemos

juntos por estas páginas, espero que encuentres inspiración en las voces del pasado para enfrentar desafíos del presente.

La aventura del pensamiento es un viaje sin fin; cada pregunta abre nuevas puertas hacia el conocimiento. Al explorar las ideas de estos grandes pensadores, no solo honramos su aporte invaluable a la Filosofía, sino que también cultivamos nuestra propia capacidad crítica para enfrentar las complejidades del mundo actual. La historia de la filosofía es rica y multifacética; cada figura aporta su propio matiz a esta vasta conversación sobre el ser humano y lo humano.

Así como los antiguos filósofos se enfrentaron a sus contemporáneos con valentía e ingenio retórico, te animo a hacer

lo mismo: cuestiona lo establecido, desafía tus propias percepciones y busca siempre profundizar tu entendimiento. La filosofía no es solo para unos pocos elegidos; es un patrimonio común que todos podemos explorar.

Al final de este libro, espero que te sientas inspirado a continuar tu propio camino filosófico. Que las enseñanzas de los sofistas, Sócrates, Platón y Aristóteles te sirvan como guías en la búsqueda por entender mejor el mundo que nos rodea. La aventura apenas comienza.

LOS SOFISTAS

¿Maestros del engaño o pioneros del pensamiento libre?

¿Alguna vez te has preguntado si la verdad es realmente una o si, como muchos afirman, depende de quién la cuenta? Los sofistas, esos maestros de la palabra que desafiaron los cimientos de la filosofía clásica, nos invitan a replantearnos todo lo que creemos saber. A menudo criticados por su habilidad para persuadir sin compromiso con la verdad, hoy es el momento de mirar más allá de los prejuicios y descubrir cómo sus ideas sobre el relativismo, la retórica y la moral continúan resonando en nuestro mundo.

La Retórica y la Relatividad

En la actualidad, el término "sofista" se asocia comúnmente con la manipulación y el engaño, describiendo a quien utiliza trucos dialécticos para persuadir mediante falsedades. Sin embargo, esta visión es el resultado de una evolución histórica que desvirtuó su significado original. En la Grecia antigua, los sofistas eran percibidos de manera muy distinta. Al principio, la palabra "sofista" significaba simplemente "hábil" o "experto", aplicándose a aquellos que dominaban una destreza específica. Así, los sofistas eran considerados maestros en sus respectivos campos, figuras respetadas por su pericia. Con el paso del tiempo, el término comenzó a utilizarse para describir a

quienes se dedicaban a la enseñanza, formando a los jóvenes ciudadanos de la polis, especialmente en el arte del discurso y la oratoria.

El desprestigio hacia los sofistas surgió en el mismo siglo V a.C., cuando su influencia en Atenas empezó a notarse. Aunque alcanzaron gran éxito, su enfoque suscitó críticas y desconfianza entre algunos de los filósofos más destacados de la época, como Sócrates, Platón y Aristóteles. Platón, en particular, desempeñó un papel crucial en consolidar la percepción negativa que persiste hasta nuestros días. A través de sus diálogos, Platón intentó exponer lo que consideraba los defectos y vicios de los sofistas, acusándolos de anteponer la persuasión a la

búsqueda auténtica de la verdad. Así, su obra, marcada por un profundo rigor filosófico, fue en gran medida responsable de la connotación peyorativa que el término "sofista" adquirió con el tiempo.

¿Quiénes eran y qué hacían?

Los sofistas no formaban una escuela unificada, pero compartían características que los distinguían. En su mayoría, eran extranjeros que llegaron a Atenas, atraídos por el auge de la democracia y el fervor de la vida pública. Estos pensadores, tras viajar por varias regiones, adquirieron una visión relativista, fruto de la diversidad cultural que encontraron. Al desafiar las creencias e instituciones, ponían en evidencia que lo

considerado natural o divino no era más que una construcción social.

Su principal aporte fue como formadores de nuevos ciudadanos. Con la democratización ateniense, se abrieron oportunidades para quienes no provenían de la nobleza, y los sofistas ofrecieron la enseñanza necesaria para que estos pudieran participar en igualdad de condiciones frente a la élite. Sus lecciones se centraban en la oratoria, la retórica y las habilidades para debatir en asambleas y tribunales, dotando a los ciudadanos de herramientas prácticas para defender sus ideas y competir en la vida pública.

Frente a otros filósofos que buscaban el conocimiento por sí mismo, los sofistas

adoptaban un enfoque más pragmático. Consideraban que la virtud (areté) no era un privilegio reservado a unos pocos, sino que podía enseñarse y perfeccionarse a través de la educación. Su enseñanza iba más allá del mero conocimiento teórico, centrándose en el éxito en la vida cívica y política. En este sentido, podemos afirmar que los sofistas fueron verdaderos educadores democráticos, formando ciudadanos capaces de destacarse en la vida pública de Atenas.

Crítica de las instituciones

El pensamiento sofista rompió con las creencias tradicionales de la Grecia clásica al considerar que las instituciones sociales y políticas no eran reflejos de un orden divino o natural, sino el resultado de acuerdos

humanos. Esta noción, que hoy nos parece común, resultaba profundamente subversiva en su contexto. Al desafiar la sacralidad de estas instituciones, los sofistas pusieron en entredicho los pilares sobre los que se sostenía la sociedad griega.

Una de las ideas más representativas de su pensamiento proviene de Protágoras, quien afirmó: "El hombre es la medida de todas las cosas". Esta declaración resume el relativismo que permeaba buena parte del pensamiento sofista, poniendo en duda las nociones de verdad y moralidad absolutas. Protágoras, al igual que otros sofistas, creía que tanto el conocimiento como los valores no podían ser universales, ya que dependían de la perspectiva y experiencia de cada

persona. Esta visión relativista, lejos de ser aceptada por todos, generó gran controversia y rechazo entre sus contemporáneos.

Los sofistas no se limitaban a enseñar oratoria y retórica; su enseñanza también abarcaba profundas reflexiones sobre ética y política. Planteaban cuestiones fundamentales acerca de la justicia, la ley y el poder, y al sostener que tanto las instituciones como la cultura eran productos humanos, abrieron el camino para una crítica filosófica que cuestionaba las bases de la moral y la religión tradicionales. Su legado filosófico, aunque controversial, dejó una marca imborrable en el pensamiento occidental.

El legado en la historia de la filosofía

A pesar de las críticas y la condena que recibieron en su época, el legado de los sofistas en la historia del pensamiento es innegable. Como lo destaca Jacqueline de Romilly, fueron pioneros en convertir la relatividad del conocimiento en un principio esencial. No solo aplicaron su escepticismo a la lógica y la epistemología, sino que también extendieron esta crítica a la moral, la religión y la política. Al cuestionar los valores y creencias establecidos, sentaron las bases para el desarrollo de la filosofía como una disciplina que no se conforma con buscar verdades, sino que exige la justificación y razonamiento riguroso de sus afirmaciones.

De este modo, los sofistas, a través de su pragmatismo y escepticismo, iniciaron un movimiento que alteró profundamente el pensamiento griego y dejó una marca duradera en la tradición filosófica occidental. Aunque su legado no siempre ha sido celebrado, su contribución a la libertad de pensamiento y al ejercicio crítico de la razón sigue siendo, sin duda, un aporte fundamental digno de reconocimiento.

SÓCRATES

El filósofo que no sabía nada... Pero murió convencido

El estudio del pensamiento socrático es fundamental para comprender los cimientos de la filosofía occidental. Aunque Sócrates no dejó escritos propios, su influencia perdura a través de sus discípulos, especialmente Platón. Su método dialéctico, basado en la ironía y la mayéutica, revolucionó la forma en que se trata la búsqueda del conocimiento y la verdad. Intentaremos examinar la vida y legado de Sócrates, destacando su enfoque en la virtud, su condena política y su muerte como un acto final de enseñanza. Además, reflexionar

sobre las críticas que filósofos posteriores, como Nietzsche, hicieron a su figura, analizando la relevancia que su pensamiento conserva en el debate filosófico actual.

El filósofo de la ignorancia y la virtud

El fenómeno socrático se presenta como un enigma fascinante, en gran parte debido a la ausencia de textos originales que nos permitan acceder directamente a su pensamiento. Sócrates, quien nació en Atenas alrededor del 470 a.C., se destacó no solo por su vida, sino también por la forma en que enfrentó su muerte. Proveniente de una familia plebeya, hijo de un picapedrero y una partera, utilizó el oficio de su madre como metáfora para ilustrar su concepción del aprendizaje y el conocimiento. Su

método se basaba en el diálogo y la indagación, lo que le permitió atraer a las figuras más prominentes de su tiempo, pero también le valió numerosos enemigos, quienes lo apodaron "el tábano" por su insistencia y provocación.

La condena de Sócrates, ocurrida cuando tenía 70 años, fue un evento crucial que marcó su legado. Acusado de impiedad y corrupción de la juventud, fue juzgado en un proceso que muchos consideran político. Platón narra este juicio en su obra *Apología*, donde se observa que ciertos nobles atenienses se sintieron amenazados por la influencia de Sócrates sobre los jóvenes. A pesar de las acusaciones, Sócrates mantuvo su postura filosófica y desafió a sus jueces,

eligiendo finalmente morir en lugar de aceptar el destierro. Este acto heroico contribuyó a forjar su leyenda y cimentar su lugar en la historia.

La influencia de Sócrates fue tan profunda que sus seguidores, especialmente Platón, se encargaron de inmortalizar sus enseñanzas. La condena y muerte de Sócrates impactaron profundamente a Platón, quien se alejó de Atenas durante años y nunca volvió a participar en política. La crítica que Nietzsche siglos después, al señalar a Sócrates como responsable de la decadencia de la sociedad occidental, resalta la relevancia duradera del filósofo.

La filosofía práctica

El pensamiento socrático se caracteriza por su enfoque práctico. Se centra en cuestiones fundamentales como la justicia, el bien y la virtud. Esta orientación lo establece como el primer filósofo en la historia al inaugurar una nueva rama del pensamiento: la ética. La novedad que introduce es el concepto del Intelectualismo Moral, que sostiene que la virtud está intrínsecamente ligada al conocimiento. Según Sócrates, conocer lo que es bueno es suficiente para actuar correctamente; así como un buen zapatero debe conocer su oficio para ser competente.

Este intelectualismo puede considerarse una forma de racionalismo que identifica el bien con el conocimiento y el mal con la

ignorancia. Desde esta perspectiva, nadie actúa mal intencionadamente; el verdadero problema radica en la falta de conocimiento sobre lo correcto. Ante esta premisa surge una pregunta crucial: ¿cómo alcanzamos la virtud? La respuesta socrática radica en su método dialéctico.

El método dialéctico: ironía y mayéutica

El método socrático se desarrolla en dos fases: la ironía y la mayéutica. En la primera fase, Sócrates busca dismantelar las falsas creencias ajenas mediante preguntas incisivas que revelan ignorancias ocultas. Su famosa declaración "solo sé que no sé nada" encapsula esta ironía; él reconoce su propia ignorancia mientras expone la falta de sabiduría en quienes creen saberlo todo.

La segunda fase es donde brilla el verdadero propósito del método socrático: la mayéutica. Al igual que su madre asistía en los partos, Sócrates ayudaba a los demás a dar a luz sus propias verdades internas. Este proceso implica guiar a los interlocutores hacia el descubrimiento personal del conocimiento. Así como una comadrona no da vida sino ayuda a darla, Sócrates no impone conocimientos; más bien facilita un espacio donde los alumnos pueden encontrar sus propias respuestas.

Sócrates creía firmemente que todos llevamos dentro de nosotros las verdades fundamentales; por lo tanto, el rol del maestro es más bien el de un facilitador que guía a los estudiantes hacia ese

autoconocimiento esencial. Esta idea resuena con otro lema socrático: "conócete a ti mismo", una exhortación que invita a cada individuo a realizar un examen introspectivo profundo. Frase inmortalizada por la historia en la puerta del oráculo de Delfos.

Reflexiones sobre la Muerte

La muerte fue un tema recurrente en las enseñanzas de Sócrates. En sus últimos días, reflexionó sobre este evento inevitable con serenidad y filosofía. En un diálogo con sus discípulos antes de beber cicuta, expuso que vivir es una necesidad universal y que no corresponde al hombre decidir cuándo morir. Esta reflexión revela su comprensión profunda del valor de la vida y del conocimiento.

Sócrates argumentaba que los verdaderos filósofos no temen a la muerte; al contrario, ven en ella una liberación del cuerpo y una oportunidad para alcanzar los bienes por los cuales han suspirado toda su vida: la sabiduría. En este sentido, enfrentó su destino con dignidad y aceptación, convirtiendo su muerte en un acto final de enseñanza filosófica.

¿Ideas sueltas?

Sócrates no solo es recordado como un pensador brillante; es también un símbolo viviente del compromiso con la búsqueda incesante de la verdad y el conocimiento. Su legado perdura no solo por las ideas que planteó sino por cómo vivió y murió conforme a esos principios.

Su vida nos recuerda que la filosofía no es simplemente una disciplina académica; es una forma de vida dedicada al cuestionamiento constante y al examen crítico tanto del mundo como de uno mismo. La figura socrática sigue siendo relevante hoy en día como modelo para aquellos que buscan entender mejor no solo el mundo exterior, sino también su propia existencia.

PLATÓN

Platón: a secas

Platón, sin lugar a dudas, figura como uno de los grandes titanes del pensamiento filosófico no solo de la antigüedad, sino de toda la historia de la humanidad. Su teoría de las ideas constituye el pilar fundamental sobre el cual estructura su vasto sistema filosófico, abordando desde cuestiones éticas hasta profundas reflexiones sobre el conocimiento, la política y la naturaleza del ser humano. Pero, ¿qué lo llevó a formular esta revolucionaria teoría? ¿Qué motivaciones subyacían en su mente para erigir un sistema tan monumental? Para responder estas preguntas, debemos

remontarnos a tres raíces esenciales de su pensamiento: primero, el deseo de continuar la obra interrumpida de su maestro Sócrates tras su trágica muerte; segundo, su fervorosa defensa de la *polis* como entidad política y económica autosuficiente; y tercero, su ambición de sintetizar las ideas en conflicto de los presocráticos, como Heráclito y Parménides, en una teoría que pudiera dar cuenta de la complejidad del mundo y la experiencia humana.

La teoría de las ideas de Platón no es simplemente una teoría más; es una respuesta global a problemas filosóficos, éticos, políticos e históricos. De hecho, esta teoría está expuesta en sus numerosos diálogos, de los cuales al menos 25 se

consideran auténticos. A lo largo de la mayoría de estos textos, Sócrates emerge como el protagonista central, empleando su método de la mayéutica, un proceso dialógico que, mediante preguntas y respuestas, lleva al interlocutor al descubrimiento de la verdad.

Uno de los aspectos distintivos de la filosofía platónica es su uso de mitos para ilustrar conceptos abstractos. De entre ellos, destacan dos relatos que son clave para entender su visión del mundo: el Mito de la Caverna, en *La República*, y el Mito del Carro Alado, en el *Fedro*. Estos mitos, lejos de ser simples relatos, sirven como metáforas poderosas que nos permiten comprender su pensamiento en profundidad.

La teoría de las Ideas: estructura del mundo y el conocimiento

Para Platón, la realidad no es una sola, sino que se divide en dos dimensiones claramente diferenciadas. Por un lado, tenemos el *mundo sensible*, el cual percibimos diariamente a través de los sentidos; esta es la realidad aparente, cambiante y mutable. Es el reino de las cosas físicas, situadas en el espacio y el tiempo, sujetas al movimiento y la alteración. Por otro lado, está el *mundo inteligible*, una realidad superior donde se encuentran las *ideas*, entidades eternas e inmutables, que existen fuera del espacio y el tiempo. Estas ideas no son simples conceptos mentales, sino las formas perfectas

que constituyen la verdadera esencia de todo lo que existe en el mundo sensible.

Es importante detenernos aquí y entender la superioridad ontológica que Platón asigna a las ideas. Las cosas que experimentamos con nuestros sentidos no son más que copias imperfectas de las ideas que habitan en el mundo inteligible. Tomemos como ejemplo una mesa. Las mesas que encontramos en el mundo sensible son múltiples y diversas, pero todas ellas participan de la *idea* de mesa, que es una forma perfecta y eterna. Así, las cosas sensibles dependen de las ideas para existir; son, en efecto, manifestaciones degradadas de estas formas perfectas.

Esta dependencia ontológica de las cosas respecto a las ideas nos conduce a una conclusión crucial: las ideas son jerárquicas. En el escalafón más bajo se encuentran las ideas de objetos concretos, como la mesa. Más arriba, encontramos las ideas matemáticas, como el teorema de Pitágoras. Y en la cúspide de esta jerarquía se encuentran las ideas de valores, como la justicia, que guían la vida moral. Por encima de todas ellas, reina suprema la *idea de Bien*, la fuente última de todas las demás ideas. En *El Banquete* va a decir que esa idea suprema será la idea de *Belleza*, pero bueno. Es Platón.

El camino hacia el conocimiento

Hasta este punto, podríamos preguntarnos: si las ideas son inmutables y perfectas, ¿cómo es posible que los seres humanos, atrapados en el mundo sensible, tengamos acceso a ellas? Platón nos ofrece una respuesta fascinante: el conocimiento es un proceso de ascenso por niveles de comprensión cada vez más altos. Este camino comienza con la *eikasía* (imaginación), un conocimiento basado en las sombras y las apariencias, el nivel más bajo de todos. Por encima de este, se encuentra la *pistis* (creencia), que ofrece explicaciones sobre el mundo sensible, pero sigue atrapada en la realidad aparente.

Ambos niveles, según Platón, son insuficientes, ya que dependen de los

sentidos y pertenecen al ámbito de la *doxa* (opinión), que es inestable y engañosa. Para acceder al conocimiento verdadero, debemos trascender el mundo sensible y llegar al reino de las ideas. El primer paso en este proceso es la *diánoia* (razonamiento), que nos permite comprender las ideas matemáticas y lógicas, pero aún no las ideas más elevadas. Finalmente, alcanzamos el nivel más alto, la *noesis* (intuición intelectual), el cual se accede a través del ejercicio de la *dialéctica*, la técnica filosófica que Platón desarrolló para analizar y comprender la jerarquía de las ideas. Solo en este punto podemos decir que hemos alcanzado la *episteme* (ciencia), el conocimiento verdadero.

Mito de la Caverna: ¿una alegoría del conocimiento solamente?

Para ilustrar esta ascensión hacia la verdad, Platón nos presenta la célebre *Alegoría de la Caverna*. En ella, se nos pide imaginar a un grupo de hombres encadenados dentro de una caverna, de tal manera que solo pueden ver las sombras proyectadas en una pared frente a ellos. Estas sombras son producidas por objetos que se mueven detrás de ellos, iluminados por una hoguera. Los prisioneros creen que estas sombras son la realidad, pues nunca han visto los objetos reales ni la fuente de luz que las proyecta.

Las cadenas que los atan representan nuestra dependencia de los sentidos, mientras que las sombras simbolizan las ilusiones del

mundo sensible. Si uno de estos prisioneros fuera liberado y se girara hacia la luz, al principio quedaría cegado por la claridad, pero poco a poco se daría cuenta de que las sombras no son más que proyecciones de objetos reales. Este proceso simboliza el ascenso desde la *doxa* hacia la *episteme*. Finalmente, si este prisionero lograra salir de la caverna, descubriría el mundo exterior, iluminado por el sol, que representa la *idea de Bien*, la fuente de toda verdad y realidad.

El ser humano: cuerpo y alma en conflicto

Pero, ¿quién realiza este viaje hacia el conocimiento? Platón nos dirá que el ser humano es una unión compleja de cuerpo y alma, siendo esta última la parte más noble

de nuestra naturaleza. El cuerpo, en cambio, es visto como una prisión, un obstáculo que nos ata al mundo sensible. El alma, por su parte, proviene del mundo inteligible y posee una naturaleza divina, pero al caer en el cuerpo, olvida su verdadero origen.

Para explicar esta caída del alma, Platón utiliza el *Mito del Carro Alado*. El alma es como un carro tirado por dos caballos: uno blanco, que representa nuestras tendencias nobles, y uno negro, que simboliza nuestras inclinaciones materiales. El auriga, que representa la razón, trata de controlar estos caballos, pero cuando el caballo negro se desboca, el carro cae al mundo sensible, y el alma queda atrapada en el cuerpo.

Este olvido del alma es crucial para entender la teoría del conocimiento de Platón. Para él, conocer es recordar. El conocimiento, según esta perspectiva, no es algo que adquirimos de nuevo, sino un proceso de *reminiscencia*, un recordar las verdades que el alma ya conocía antes de caer en el mundo sensible. Este proceso de reminiscencia está íntimamente relacionado con el método socrático de la *mayéutica*, que consiste en ayudar al interlocutor a "dar a luz" las verdades que ya posee en su interior.

Ética y Política: el modelo platónico del Estado ideal

La teoría de las ideas no solo tiene implicaciones metafísicas y epistemológicas;

también constituye la base de la ética y la política de Platón. En su obra *La República*, el filósofo esboza su visión del Estado ideal, un Estado orientado hacia la realización del bien común, el cual es reflejo de la *idea de Bien*. En este modelo, solo los sabios, aquellos que han alcanzado el conocimiento verdadero, están capacitados para gobernar. Esta es la esencia del *intelectualismo moral* (*Podríamos hablar de Sócrates*): el conocimiento del bien conduce inexorablemente a la acción correcta, y el mal es resultado de la ignorancia.

Platón divide la sociedad en tres clases, cada una de las cuales está determinada por la parte dominante del alma en sus miembros. Aquellos en quienes domina la parte racional

son los filósofos-reyes, los gobernantes, cuya virtud es la prudencia. Los que son guiados por la parte irascible del alma, los guardianes, tienen la virtud del valor y son los encargados de proteger al Estado. Finalmente, aquellos dominados por la parte concupiscible del alma son los productores, quienes se dedican a las tareas económicas y cuya virtud es la templanza.

En este sistema, la justicia consiste en que cada clase cumpla con su función sin interferir en las responsabilidades de las demás. Así como en el alma la justicia es el equilibrio entre sus diferentes partes, en la sociedad la justicia es la armonía entre las clases, con cada una realizando su tarea de acuerdo con su naturaleza.

Por ahora: LA FILOSOFÍA

Platón no es solo un sistema cerrado de pensamiento, sino una invitación a un viaje intelectual hacia sus lecturas infinitas, la justicia y el bien. Su teoría de las ideas ofrece una visión del mundo que trasciende lo material y lo mutable, y que nos invita a buscar el conocimiento verdadero mediante el uso de la razón y el ejercicio de la dialéctica. Para Platón, la filosofía no es solo una disciplina académica; es, en palabras de su maestro Sócrates, "la práctica de la muerte", un proceso mediante el cual nos liberamos de las ataduras del cuerpo y ascendemos hacia el mundo inteligible, donde reside la auténtica realidad.

Todo esto, según Platón.

ARISTÓTELES

¿A medio camino? El arte del "término medio"

En el núcleo de la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles se encuentra la compleja teoría del término medio, que sostiene que la virtud se halla en el equilibrio entre los extremos de exceso y deficiencia. Este planteamiento no está exento de controversia. En primer lugar, cabe preguntarse si el término medio es una medida universal y objetiva de la virtud o si, en cambio, se convierte en una fórmula ambigua que puede ser manipulada para justificar cualquier comportamiento bajo el pretexto de equilibrio. ¿Realmente

proporciona una guía moral clara, o solo ofrece un refugio conveniente para evitar el enfrentamiento con dilemas éticos más complejos?

Además, la distinción entre actos voluntarios e involuntarios, también abordada por Aristóteles, añade otra capa de complejidad. Aristóteles diferencia entre actos voluntarios, que se originan en la deliberación consciente del individuo, y actos involuntarios, que ocurren bajo coacción o ignorancia. Este marco nos desafía a considerar si la capacidad para discernir y aplicar el término medio está verdaderamente al alcance de todos o si requiere una deliberación excepcional que pocos poseen. La aplicación práctica de estas teorías plantea una cuestión

crucial: ¿cómo influyen estas distinciones en la evaluación moral y en la formación de la virtud? Estos problemas invitan a una reflexión crítica sobre la validez del término medio y la capacidad de los actos voluntarios e involuntarios para definir la conducta ética en el contexto contemporáneo.

"Los hombres sólo son buenos de una manera, malos de muchas"

Ética a Nicómaco, Libro II, Capítulo 6, 1106b35. (Cita de autor desconocida usada por Aristóteles).

La Virtud Ética según Aristóteles

En la *Ética a Nicómaco*, Aristóteles distingue entre las virtudes éticas y dianoéticas. Las primeras se refieren a las cualidades relacionadas con el carácter y las emociones, mientras que las segundas se relacionan con la parte racional del alma. Aristóteles afirma que la virtud ética no surge por naturaleza; no nacemos siendo virtuosos, sino que la virtud se adquiere mediante la repetición de actos virtuosos. Aristóteles usa la palabra "hábito" (*hexis*) para describir esta adquisición, sugiriendo que la virtud es el resultado de la práctica. Así como las habilidades físicas como tocar un instrumento musical requieren práctica constante, también la virtud se desarrolla

con la repetición de actos justos, prudentes y moderados (Aristóteles, 1985, pp. 109-111).

La afirmación de que la virtud ética es una disposición adquirida tiene una base sólida en la naturaleza humana. Según Aristóteles, los seres humanos están dotados de la capacidad de adquirir virtudes, pero esta capacidad no se realiza automáticamente, sino que depende de nuestras acciones. La repetición de actos virtuosos moldea nuestro carácter y forma una disposición hacia el bien. Este es un proceso activo que involucra tanto la práctica como la reflexión. El hábito de hacer el bien es, por tanto, fundamental para Aristóteles: mediante la práctica de acciones virtuosas, los individuos

no solo realizan actos buenos, sino que también desarrollan un carácter ético estable que les lleva a actuar correctamente de forma habitual.

Definición de Virtud en Aristóteles

Aristóteles define la virtud como "un modo de ser selectivo, un término medio relativo a nosotros, determinado por la razón y por aquello por lo que decidiría el hombre prudente" (Aristóteles, 1985, p. 169). Esta definición revela dos elementos clave: primero, que la virtud implica una elección deliberada; y segundo, que la virtud se encuentra en el término medio entre dos extremos: el exceso y la deficiencia. Este concepto de la virtud como el "justo medio" es uno de los pilares de la ética aristotélica.

La virtud no es un punto fijo o una regla universal que se aplique a todos por igual en todas las situaciones. Al contrario, es relativa a cada persona y contexto. Por ejemplo, el valor es la virtud que se sitúa entre la cobardía (falta de valor) y la temeridad (exceso de valor). Un acto virtuoso en una persona puede no serlo para otra en circunstancias distintas. El justo medio se determina mediante la razón, y en particular, a través de la deliberación prudente.

La Prudencia y el Término Medio

Aristóteles sostiene que el hombre prudente es aquel que tiene la capacidad de deliberar correctamente y elegir el justo medio en cada situación. La prudencia (*phronesis*) es

una virtud intelectual que permite al individuo identificar el término medio adecuado en cada circunstancia, basándose en la razón y la experiencia. Es importante destacar que este término medio no es simplemente un punto de equilibrio matemático entre dos extremos, sino que es el resultado de una deliberación consciente que tiene en cuenta las particularidades de cada situación (Aristóteles, 1985, pp. 176-177).

El prudente, según Aristóteles, es aquel que posee la capacidad de juzgar correctamente en cada situación, y esta capacidad se desarrolla a lo largo del tiempo mediante la experiencia y la práctica. La prudencia no solo nos guía en la elección de acciones

virtuosas, sino que también nos permite actuar en función del bien común, ya que la virtud no es algo individualista o egoísta. Para Aristóteles, la felicidad (*eudaimonía*) solo puede alcanzarse dentro de una comunidad, donde los individuos actúan en función del bienestar colectivo. Así, la virtud ética tiene una dimensión social y política, en tanto que las acciones del individuo virtuoso están orientadas hacia el bien de la polis.

En resumen, Aristóteles presenta la virtud ética como una disposición adquirida mediante la costumbre, que se encuentra en el término medio entre los extremos de exceso y defecto, y que se determina mediante la razón y la prudencia. La

práctica constante de acciones virtuosas forma un carácter estable que nos permite actuar correctamente de manera habitual, y este carácter virtuoso es esencial para alcanzar la felicidad en la vida.

Actos Voluntarios e Involuntarios

En el Libro III de la *Ética a Nicómaco*, Aristóteles introduce una distinción crucial entre los actos voluntarios e involuntarios. Los actos voluntarios son aquellos cuyo principio de acción reside en el agente mismo, es decir, en su voluntad y decisión consciente. Para que un acto sea considerado voluntario, el agente debe tener conocimiento de las circunstancias particulares de la acción y debe actuar sin

ser forzado por una influencia externa (Aristóteles, 1985, pp. 179-181).

Por otro lado, los actos involuntarios son aquellos que no dependen de la voluntad del agente. Aristóteles los divide en dos categorías principales: los actos realizados por fuerza y los actos realizados por ignorancia. Los actos por fuerza son aquellos en los que el principio de acción se encuentra fuera del agente, como cuando alguien es obligado físicamente a actuar de una cierta manera. Por ejemplo, si una persona es empujada por una tormenta o es coaccionada para cometer una acción, el acto no puede considerarse voluntario. La coacción elimina la agencia del individuo, lo

que implica que este no es moralmente responsable por sus acciones en tales casos.

En cuanto a los actos realizados por ignorancia, estos ocurren cuando el agente no tiene conocimiento de las circunstancias particulares de la acción. Para que un acto realizado por ignorancia sea considerado involuntario, el agente debe experimentar pesar o arrepentimiento una vez que descubre la verdadera naturaleza de su acción. Si una persona actúa por ignorancia pero no siente remordimiento al descubrir las consecuencias de su acción, entonces el acto podría considerarse más bien no voluntario, es decir, ni completamente voluntario ni involuntario, sino intermedio entre ambos.

Aristóteles también introduce el concepto de actos mixtos, que son aquellos en los que hay cierto grado de coacción o presión externa, pero el agente aún tiene una elección. Por ejemplo, si una persona arroja carga al mar durante una tormenta para salvar su vida, el acto está coaccionado por la necesidad de supervivencia, pero aún se realiza voluntariamente en cierto sentido. En tales casos, aunque la acción es forzada por las circunstancias, el agente realiza una elección consciente dentro de esas limitaciones, por lo que el acto no es completamente involuntario (Aristóteles, 1985, pp. 182-186).

Consecuencias Éticas de la distinción

La distinción entre actos voluntarios e involuntarios tiene profundas implicaciones éticas. Aristóteles argumenta que solo los actos voluntarios son objeto de alabanza o censura moral, ya que estos reflejan la voluntad consciente y deliberada del agente. En otras palabras, las acciones voluntarias son aquellas que revelan el carácter moral de una persona y, por lo tanto, son las que se consideran cuando se evalúa la virtud o el vicio de un individuo.

Por otro lado, los actos involuntarios no son moralmente atribuibles al agente de la misma manera que los actos voluntarios. Si una persona actúa por fuerza o ignorancia, no se le puede responsabilizar moralmente

de la misma manera que si actuara voluntariamente. Por ejemplo, si alguien es obligado a realizar una acción bajo coacción extrema, no se le puede censurar moralmente por ello, ya que la acción no es producto de su voluntad.

En cuanto a los actos realizados por ignorancia, Aristóteles establece que la ignorancia de las circunstancias particulares de una acción puede excusar al agente de responsabilidad moral. Sin embargo, Aristóteles también advierte que no toda ignorancia es excusable. Si una persona actúa por ignorancia debido a negligencia o falta de diligencia en adquirir el conocimiento necesario para tomar decisiones correctas, entonces su ignorancia no excusa

el acto. En tales casos, el agente es moralmente responsable, ya que su ignorancia es el resultado de su propia falta de cuidado.

Aristóteles también señala que los actos voluntarios son aquellos que se originan en la deliberación y la elección racional. Esta idea está íntimamente conectada con su teoría de la virtud, ya que la virtud ética se expresa a través de elecciones correctas. Para Aristóteles, la virtud no se manifiesta solo en las acciones mismas, sino en la razón que guía esas acciones. Por lo tanto, la deliberación prudente es esencial para actuar virtuosamente. Los actos involuntarios, al no ser productos de la deliberación y la elección, no pueden ser

considerados como manifestaciones de virtud o vicio.

Aristóteles establece que la evaluación ética de una acción depende de si el acto es voluntario o involuntario. Solo los actos voluntarios, aquellos que surgen de la deliberación y el control consciente del agente, son objeto de juicio moral. Esta distinción es fundamental para la teoría ética de Aristóteles, ya que conecta la virtud con la capacidad del individuo para tomar decisiones racionales y deliberadas. (*Ética a Nicómaco, Libro III, todos los capítulos*)

El Animal Político: ¿Evolución o seguimos jugando a la democracia?

Aristóteles, en su libro *Política*, introduce el concepto de *zoon politikon*, traducido como "animal político", para describir la naturaleza esencialmente social del ser humano. Este término, central en su obra *La Política*, indica que los seres humanos solo pueden alcanzar su pleno desarrollo en comunidad. A lo largo de sus escritos, Aristóteles argumenta que la vida política es inherente a la realización de la *eudaimonía* (felicidad o vida buena) y que el ser humano no puede florecer fuera de una estructura social. En este contexto, la política se presenta como la disciplina superior a la ética, ya que se orienta hacia el bien

común, que prevalece sobre el bien individual.

A continuación, analizaremos los principales puntos que sustentan esta afirmación aristotélica, con el fin de profundizar en la relación entre el ser humano, la comunidad y la política.

La naturaleza social del ser humano

Para Aristóteles, la vida en comunidad es una característica intrínseca del ser humano. Afirma que los seres humanos están naturalmente inclinados a vivir en sociedad, ya que su propia constitución los impulsa a establecer relaciones y cooperar entre sí. La primera forma de esta socialización surge en el ámbito familiar, que es la comunidad

básica para la reproducción y la satisfacción de las necesidades más elementales.

Aristóteles escribe: *"El hombre es un animal social; es necesario que se emparejen los que no pueden existir uno sin el otro, como la hembra y el macho con vistas a la generación"* (*Política*, 1252a). Este vínculo inicial entre hombre y mujer, que surge de la necesidad de perpetuar la especie, es solo el primer paso en un proceso que culmina en la vida política organizada.

La inclinación a vivir en sociedad no es una mera opción para el ser humano, sino una necesidad inherente. Al igual que el ser humano es por naturaleza un ser racional, también lo es un ser social, cuyo potencial solo puede desarrollarse plenamente en

interacción con otros. Aristóteles, por tanto, concibe la comunidad como un requisito fundamental para la realización de las capacidades humanas más elevadas, y esto se materializa en la vida política.

La Primacía de la Comunidad

Aristóteles sostiene que la comunidad es anterior y superior a los individuos que la componen. Argumenta que la ciudad o *polis* no es simplemente una suma de individuos, sino una entidad que los trasciende. Es en la comunidad política donde el ser humano encuentra su pleno desarrollo y puede cultivar sus virtudes.

"Por naturaleza, pues, la ciudad es anterior a la casa y a cada uno de nosotros, porque el todo es necesariamente anterior a la

parte" (La Política, 1253a). Este enunciado revela la concepción aristotélica de la prioridad de la comunidad política sobre los individuos. Para él, un individuo aislado es incapaz de alcanzar su máxima realización, ya que solo dentro del entramado social puede desplegar plenamente sus capacidades racionales y éticas.

Este punto resulta fundamental para comprender la teoría política de Aristóteles: el bien del individuo está subordinado al bien de la comunidad, y es solo en el contexto de esta que el ser humano puede alcanzar su mayor potencial. La idea de que el "todo es anterior a la parte" refuerza la noción de que la política, entendida como la organización de la vida en comunidad, tiene

una importancia en la realización de la vida humana.

La ciudad como fin natural

La *polis* no es solo la comunidad política por excelencia, sino también el fin natural de las formas más simples de organización social, como la familia y la aldea. Para Aristóteles, la ciudad existe no solo para satisfacer las necesidades básicas de supervivencia, sino para proporcionar las condiciones que permiten a los seres humanos vivir bien y de manera plena.

"La comunidad perfecta de varias aldeas es la ciudad, que tiene ya, por así decirlo, el nivel más alto de autosuficiencia, que nació a causa de las necesidades de la vida, pero subsiste para el vivir bien" (La Política,

1252b). La ciudad, por tanto, es la cúspide de la organización social y el entorno ideal en el que el ser humano puede perseguir la *eudaimonía*. Mientras que las comunidades más simples buscan satisfacer las necesidades de subsistencia, la ciudad tiene un propósito superior: crear las condiciones para la vida virtuosa.

Este aspecto del pensamiento aristotélico subraya la importancia de la ciudad como un espacio en el que el ser humano no solo sobrevive, sino que florece. La *polis* es el marco natural en el que los individuos pueden vivir una vida moral y políticamente plena.

El rol de la política

La política, para Aristóteles, tiene una finalidad mucho más elevada que la mera administración de la vida cotidiana. Su propósito es guiar las acciones del Estado hacia la consecución de la *eudaimonía*, que es el fin último de todos los ciudadanos. La política no es, por lo tanto, una actividad instrumental, sino una actividad noble que define la vida humana en su máxima expresión.

"El fin de la política es orientar las acciones del Estado hacia vivir bien, no meramente hacia el vivir" (La Política, 1253a). Aquí Aristóteles traza una distinción clara entre vivir y vivir bien. La política no solo se ocupa de garantizar la supervivencia de los

ciudadanos, sino que también debe crear las condiciones que les permitan vivir una vida virtuosa y autorrealizada. Es por ello que la política, según Aristóteles, es superior a la ética, ya que su objetivo es el bienestar colectivo, que a su vez asegura el bienestar individual.

Vida buena y condiciones políticas

La vida buena, según Aristóteles, solo puede alcanzarse en una ciudad bien gobernada. Las condiciones políticas determinan el grado en que los ciudadanos pueden desarrollar sus virtudes y vivir de acuerdo con los principios éticos. En una ciudad mal gobernada, los individuos se ven impedidos de alcanzar una vida plena, ya que las

condiciones políticas desfavorables
obstaculizan el desarrollo moral y racional.

*"La vida buena se puede desarrollar en la
ciudad bien gobernada y, por oposición, en
una ciudad mal gobernada difícilmente se
podrían desarrollar una vida buena"*

(Parafraseado de un párrafo más largo.

1282B12, La Política). Esto establece una
relación de interdependencia entre la política
y la ética: la política crea las condiciones
para que los ciudadanos puedan vivir de
manera virtuosa, y sin un entorno político
favorable, este desarrollo es prácticamente
imposible.

Ética y Política

El concepto de *zoon politikon* es
fundamental para entender la visión de

Aristóteles sobre la naturaleza humana. La vida en comunidad no es solo una opción, sino una condición necesaria para la realización plena del ser humano. Es dentro de la *polis* donde los individuos pueden alcanzar su máximo potencial, tanto en términos de desarrollo moral como de bienestar colectivo. La política, en este sentido, se presenta como la disciplina más elevada, ya que orienta las acciones del Estado hacia el bien común.

Sin embargo, este análisis abre la puerta a reflexiones contemporáneas. ¿Es la estructura política moderna capaz de proporcionar las condiciones para la vida buena que Aristóteles describe? ¿Cómo se adapta el concepto de *zoon politikon* a las sociedades

globalizadas y tecnológicas del siglo XXI?
Además, ¿es posible alcanzar la *eudaimonía*
en contextos políticos que priorizan los
intereses individuales por sobre el bienestar
colectivo? Estas preguntas invitan a una
reflexión profunda sobre la vigencia de la
política aristotélica en nuestras sociedades
actuales.

Algunas frases para seguir pensando:

"La política prescribe qué se debe hacer y qué se debe evitar, orientando las acciones del Estado hacia el bienestar de todos sus ciudadanos" (Política, 1253a).

"La virtud de la justicia, por su parte, es algo propio de la ciudad, pues la justicia es la ordenada disposición de la comunidad política; y la virtud de la justicia consiste en discernir lo que es justo." (Política, 1253a)

"Pues, así como el hombre, llegado a su pleno desarrollo, es el mejor de los animales, así también apartado de la ley y de la justicia, es el peor de todos" (Política, 1253a).

"Y quien no puede vivir en comunidad o que, por su autosuficiencia, de nada necesita, no es parte de la ciudad sino, una bestia o un dios." (Política, 1253a).

EPÍLOGO

El epílogo de este libro no es solo un cierre, sino una invitación a la reflexión continua sobre los grandes pensadores que hemos explorado. A medida que hemos recorrido las ideas de los sofistas, Sócrates, Platón y Aristóteles, hemos sido testigos de cómo cada uno de ellos, a su manera, ha desafiado y enriquecido el pensamiento. Este viaje intelectual nos ha llevado a cuestionar nuestras propias creencias y a considerar la naturaleza de la verdad desde múltiples perspectivas.

La figura de los sofistas nos recuerda que el conocimiento no es un absoluto; es un campo en constante disputa donde la retórica y la persuasión juegan un papel

crucial. Su habilidad para argumentar y presentar múltiples facetas de una cuestión nos desafía a ser críticos y a no aceptar las verdades convencionales sin antes someterlas a esa aventura del pensamiento. En un mundo donde la información abunda y las opiniones son diversas, los sofistas cobran relevancia. Nos invitan a desarrollar un pensamiento crítico que no se conforme con lo superficial, sino que busque profundizar en el entendimiento de lo que nos rodea.

Sócrates, con su método dialéctico, nos ha enseñado que el verdadero conocimiento comienza con la conciencia de nuestra propia ignorancia. Su vida y su muerte son un testimonio del compromiso con la búsqueda de la verdad, incluso ante la

adversidad. Nos insta a cuestionar nuestras certezas y a buscar siempre una comprensión más profunda de nosotros mismos. En este sentido, su legado es atemporal; sigue siendo una guía para aquellos que se aventuran en el camino del conocimiento.

Platón, por su parte, nos ofrece una visión dualista del mundo que nos invita a trascender lo inmediato y a aspirar hacia lo ideal. Su alegoría de la caverna sigue resonando en nuestra búsqueda de significado en un entorno lleno de distracciones y apariencias. A través de sus diálogos, Platón nos muestra que el conocimiento es un proceso continuo de ascenso hacia la verdad. Nos recuerda que debemos esforzarnos por ver más allá de las

sombras y buscar las formas puras que constituyen la esencia de nuestra realidad.

Finalmente, Aristóteles nos proporciona las herramientas necesarias para abordar el mundo con un enfoque empírico y lógico. Su sistematización del conocimiento ha sentado las bases para muchas disciplinas contemporáneas. Nos enseña que el conocimiento no es solo teórico; debe estar anclado en la observación y en la experiencia. La ética aristotélica, centrada en el concepto de virtud como equilibrio, resuena especialmente en nuestros días, donde buscamos una vida plena y significativa en medio del caos contemporáneo.

Este libro ha sido un intento por entrelazar estas voces filosóficas en un diálogo abierto y dinámico. Al final del recorrido, lo que queda es una invitación: seguir explorando, cuestionando y debatiendo. La filosofía no es un destino; es un viaje interminable.

Al cerrar estas páginas, te invito a llevar contigo las enseñanzas de estos grandes pensadores. Reflexiona sobre sus ideas y cómo se aplican a tu vida cotidiana. La aventura del pensamiento no termina aquí; al contrario, comienza con cada uno de nosotros. En un mundo donde la información fluye rápidamente y las certezas son efímeras, cultivar una mente crítica y abierta es más crucial que nunca.

Así como los sofistas desafiaron las normas establecidas, así como Sócrates buscó la verdad en cada diálogo, Platón aspiró a lo ideal y Aristóteles sistematizó el conocimiento; tú también puedes convertirte en un ser humano activo en tu propia búsqueda filosófica. Que este libro sea solo otro de los comienzos de una exploración más profunda sobre lo que significa ser humano en este universo de ideas.

La historia del pensamiento está viva; continúa evolucionando con cada nueva generación. Al sumergirte en esta tradición filosófica rica y variada, recuerda que cada voz cuenta, cada idea importa y cada cuestionamiento puede llevarte más cerca de una comprensión más profunda. La filosofía

es un diálogo compartido; hazlo tuyo y sigue adelante en esta emocionante aventura del pensamiento.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles, "Política" - Introducción, traducción y notas de Manuela García Valdés. Madrid: Gredos, 1988.
- Aristóteles, "Ética a Nicómaco" - Editorial Gredos España – 1985.
- Cornamm, J, Pappas, G., Lehrer, K. "Introducción a los problemas y argumentos filosóficos" - UNAM, 1990.
- De Romilly, J. "Los grandes Sofistas de las Atenas de Pericles" - Seix Barral, 1997.
- Delio, L. "La sofística como movimiento histórico" C.I.P.-C.E.I.P.A, Montevideo, 2005.
- Dri, R. *La Filosofía Política Clásica: de la Antigüedad al Renacimiento*. Buenos Aires: CLACSO, 2000.
- Guariglia, O. *La ética en Aristóteles* (Cap. 5, 10 y 11).
- Mondolfo, R. "El pensamiento antiguo" Tomo I – Ed. Losada, Bs. As., 1952.

- Gómez-Lobo, A. (1998). Exposición breve de la ética aristotélica. *Estudios Públicos*, 71.
- Platón, "Apología de Sócrates" - Editorial Digital Costa Rica - 2010.
- Platón, "Fedro" - Editorial Digital Costa Rica - 2010.
- Platón, "Hippias Menor" - Editorial Digital Costa Rica - 2010.
- Platón, "La República" - Editorial Digital Costa Rica - 2010.
- Platón, "El Banquete" - Editorial Digital Costa Rica - 2010.
- Platón, "Protágoras" - Editorial Digital Costa Rica - 2010.
- Platón, "Sofista" - Editorial Digital Costa Rica - 2010.
- Platón, "Teeteto" - Editorial Digital Costa Rica - 2010.

- Platón, "Timeo" - Editorial Digital Costa Rica – 2010.

Sobre el autor



Sebastián Walch Abete

Docente y estudiante de filosofía, nacido en Uruguay. Sebastián se dedica a la reflexión y enseñanza de la filosofía porque es su pasión, y escribe sobre ello como una forma natural de explorar el pensamiento.

Este es su segundo libro, una obra que ofrece un repaso por las principales ideas de los sofistas, Sócrates, Platón y Aristóteles. Su primer libro, *El laberinto: otra introducción a la filosofía*, fue una aproximación personal a algunos de los conceptos fundamentales que despierta esta disciplina. Publica

artículos y reflexiones sobre filosofía en su sitio web y redes sociales.

Contacto

Página web: <https://sebastianwalchabete.com>

Redes sociales: @esewalch (X, Instagram, LinkedIn, etc.)

Facebook: <facebook.com/filosafia>